

El mural del “Edificio C”

Mariana Guadalupe Sánchez Salazar
Egresada de la UPN-241
marianagpe.ss@gmail.com

El caos se apoderaba de la ciudad. La fuerte lluvia inundaba las calles, el día se había oscurecido y el olor a tierra mojada se distinguía entre tantos otros olores en la alameda Juan Sarabia. Los edificios de cantera se veían más hermosos que nunca por la intensidad de la lluvia y lo magnífico de su arquitectura. El tráfico, por su parte, estaba inaguantable, con largas filas para cruzar por las avenidas principales. Un par de accidentes automovilísticos, personas corriendo para alcanzar su transporte y otras empapadas y enojadas por la lluvia, completaban la caótica escena.

Esa tarde llegamos como pudimos al lugar de reunión, un emblemático recinto construido en 1978 para expresar todas las formas posibles en que podemos demostrar el arte. El Centro de Difusión Cultural Raúl Gamboa fue el elegido para uno de los eventos más importantes de nuestras vidas. Algunos llegamos con minutos de anticipación, otros justo a tiempo para iniciar el evento y, como ya era costumbre de algunos, demoraron en llegar.

Para esa tarde, había escrito un discurso pensando en todos los que formaron parte de mi generación en la universidad. Buscaba una singularidad en cada uno de ellos que pudiera expresar y hacerles saber, de uno u otro modo, que me habían importado y que me llevaba una parte de cada uno de ellos para mi crecimiento personal y profesional.

El momento de hablar había llegado. Mientras caminaba hacia el presídium, me temblaban las manos y no podía evitar esa sensación de querer vomitar. Mi corazón palpitaba más de lo normal y no sé si era evidente mi nerviosismo, pero fue algo que evité preguntar. Habían transcurrido dos años desde la emergencia sanitaria y no recordaba con exactitud los rostros de mis compañeros. Aunque algunas veces nos veíamos tras los monitores de una pantalla, era difícil esta-

blecer comunicación y tener ese acercamiento que antes veíamos con normalidad.

En esta nueva forma de vivir la universidad, solo teníamos segundos para ver los rostros de quienes eran nuestros amigos y compañeros de aula. Yo había visto algunas películas sobre pandemias mundiales y también había leído alguno que otro libro sobre ciencia ficción, pero nunca pensé, o nunca nadie pensó, que en pleno siglo XXI la realidad superaría la ficción. Fuimos perdiendo poco a poco la habilidad de comunicarnos y socializar de manera natural en las cosas más sencillas y cotidianas de la vida, como salir a trabajar, ir a la escuela, ir a una cena con amigos, entre otras cosas que parecían desvanecerse entre lo incierto y lo difícil que era poder percibir nuevamente la vida como la habíamos conocido.

Por esa razón me sentía insegura y algo torpe. En ocasiones, había pensado que sería imposible volver a lo que llamábamos normalidad antes de la llegada del virus a nuestras vidas. En la universidad, podíamos salir a tomar café, ir por tamales el fin de semana en que jugábamos voleibol en las canchas de la escuela. Era común inaugurar algunas exposiciones de arte, presentar la camerata de San Luis e incluso hacer fiestas de bienvenida en el patio de la escuela, para continuar hasta tarde en algún otro lugar donde podíamos beber alcohol.

Durante las clases, nunca había distancia entre nosotros, o al menos en mi generación, ya que éramos un grupo grande dentro de la universidad. Siempre tratábamos de estar lo más cerca posible para compartir nuestro material de la uni, las papas de la cafetería, para animarnos a dar un punto de vista a alguno de nuestros maestros o bien solo para poder llenar nuestro conocimiento de nuevos y creativos chismes que surgían día con día. Aunque yo más bien pienso que ese acercamiento era porque simple y sencillamente nos gustaba sentir la cercanía de otros, sentirnos queridos, respetados y saber que había alguien para nosotros a quien llamar amigos.

En medio de todo ese nerviosismo y de esos recuerdos, sostenía entre mis manos un breve relato de nuestras vivencias creadas durante cuatro años, incluyendo los momentos presenciales y la distan-

cia impuesta por el nuevo virus. Mientras caminaba, recordé el mural plasmado en el edificio C, que, si bien no era una gran obra de arte como el resto de los murales que se encuentran dentro de la UPN 241, y tampoco requería una gran analogía para comprender su simbología. Aquel mural era una creación de un grupo de alumnos inexpertos que quería representar todo lo que éramos en aquel momento como gremio universitario y, poco a poco, ir creando una identidad que nos definiera fuera de nuestras paredes universitarias.

En mi mente repasé el instante en que lo preparamos. Pasamos de no saber nada a planear, diseñar y pintar uno de esos majestuosos murales que en nuestro país se habían pintado a lo largo de la historia por las causas sociales, expresando y gritando quiénes somos. Fue una mañana cuando el profesor Eduardo Castillo nos pidió pensar en algo que nos representara como comunidad y que quisiéramos plasmar. Entre diálogos, ideas, desigualdades y muchas sensaciones que vivimos, se fue dando forma a lo que queríamos y veíamos que éramos. Aquel proyecto del mural tenía mucho corazón de cada uno de los que participábamos en él.

Entre psicólogos y pedagogos, creamos una obra que tenía como principales elementos las regiones características de nuestro estado y los monumentos con los que lo reconocíamos. Porque, al fin y al cabo, éramos potosinos, y eso nos daba características diferentes a otras UPN del país. El árbol al centro del mural representaba la vida y la educación, desde donde la quisiéramos ver. Sabíamos que cuando nos educamos, damos frutos que alimentan a quienes nos rodean, y fue por ello que las manos llevaban ese conocimiento a la comunidad y ofrecían el fruto para crecer y transformar, tal como lo dice nuestro lema. El libro sostenido por las manos era ese saber que se escribe en las páginas en blanco y que se va transformando conforme a nuestras vivencias, en él se colocó un jícuri, que representa la espiritualidad que nos demuestra que con sabiduría y paciencia se puede enseñar y, en consecuencia, aprender. Como dije, los elementos no eran la gran maravilla, ni tampoco éramos unos grandes artistas, pero el cariño al proyecto y el tratar de buscar la comunidad en nosotros mismos era un gran inicio para formar nuestra identidad.

Sabíamos que la educación no estaba exclusivamente dentro del aula y también sabíamos que esta tenía que cambiar poco a poco. Ese era el principal motivo por el que permanecíamos dentro del proyecto, buscando identificar a nuestro gremio para ir creciendo como comunidad. El mural había sido un proyecto generado por nuestro director en aquel entonces, el Dr. Javier Martínez, y que nosotros habíamos tomado con cariño.

Entre todos esos recuerdos, nervios, miedo y una enorme alegría, me encontraba parada frente a todo un grupo de egresados dando un discurso de despedida, de una generación que había experimentado la educación presencial y el tránsito a la distancia. Aquella tarde volví a ver rostros conocidos y amigables de compañeros y maestros que se habían quedado en mis recuerdos. Ese “¡nos vemos el lunes!” se había convertido en un tiempo de espera interminable donde todos habíamos cambiado, y no solo por el propio paso del tiempo que se encarga de transformarnos, sino por la pandemia que no habíamos visto venir. Cambiamos porque la vida no nos dejó otra opción más que adaptarnos a las nuevas formas.

Esa tarde lluviosa estábamos tan completos como incompletos. Habíamos sufrido pérdidas significativas; muchos de los seres amados se habían ido por la presencia del nuevo virus, y algunos más habían perdido trabajos, amigos y estilos de vida a los que estábamos acostumbrados. La vida ya no era la misma. La nueva normalidad había pasado a ser lo normal y nosotros seguíamos atrapados en la disputa de querer regresar a un sitio que inevitablemente se había transformado y que se había ido. Estábamos ahí esa tarde, viéndonos de nuevo las pocas partes de nuestro rostro que podíamos apreciar, viviendo entre lo desconocido, los rumores de la enfermedad y las ganas de querer volver a ser como fuimos.

Y fue entonces cuando pensé que aquel mural solo representaba una breve parte de lo que habíamos sido hasta el momento de pintarlo, era la única posibilidad de existencia que teníamos. Nunca imaginamos que un virus nos transformaría para el resto de la vida y que, en el futuro, la educación y los modelos de aprendizaje cambiarían

completamente, transformándonos también a nosotros como personas en los modos de pensar y actuar, ya que nuestra sociedad se veía afectada por una nueva condición de vida a la que ahora era más factible culpar de todo lo que pasaba. Nunca imaginamos el encierro en casa, las pantallas como modo de comunicación y de conexión con el exterior, el dejar de comer en la cafetería, de ir a bailar, de caminar por los pasillos de la escuela, de visitar la biblioteca, aunque casi nunca lo hacíamos.

Las formas y herramientas de aprendizaje que antes eran una innovación se habían convertido en una necesidad, en el único medio de continuar con la universidad. No sabíamos con exactitud qué sucedía o qué sucedería, no sabíamos si acaso enfermaríamos o si ya estábamos contagiados. Nada era exacto y todo cambiaba de manera constante. Era fácil cancelar lo que habíamos programado y muchas cosas, como eventos, ni siquiera se podrían agendar. Creo que fue una suerte poder tener un evento de graduación. Claramente, no vimos venir todas las pérdidas que nos azotarían, y no me refiero exclusivamente a lo material. Hablo también de aquello que duele en lo profundo del alma, de esos seres amados que vimos azotados por lo desconocido, la propia pérdida de nosotros mismos tras el encierro, por perder contacto con el exterior, las mil emociones que sentimos durante esos dos largos años y su nuevo modo de vivir.

Aquel día leí mi discurso sin dejar de pensar en el mural y en Ángela, Claudia, Arturo, Lemus, Beatriz y Daniel. Y claro que también pensaba en mí, en que habíamos plasmado todo lo conocido hasta ese momento. Esa tarde oscura y lluviosa ya no éramos ese mural; a aquella pintura le faltaba algo más, le hacían falta más colores que representaran todas las vivencias y lo aprendido, las nuevas versiones de nosotros mismos como profesionales.

Claro está que no todo fue para mal, durante ese periodo también aprendimos cosas que antes eran desconocidas sobre todo en el uso de la tecnología, descubrimos habilidades que no sabías que teníamos y aprendimos a dar solución a nuestros problemas desde otras perspectivas. Esta generación de egresados tenía herramientas nuevas

para afrontar la vida laboral y personal. El tiempo había transcurrido y no había vuelta atrás; todos estábamos ese día en aquel lugar contentos por un logro importante, con los sentimientos a flor de piel, con una nueva esperanza de que pronto volveríamos a las galerías de arte en la escuela, a las obras de teatro de los alumnos, a los coloquios educativos, al verano de la ciencia, a los partidos de voleibol, a las papas fritas y el jugo en la cafetería, al chismecito en el pasillo, a molestarnos con los maestros y a hacer la tarea hasta el último momento y al estrés de cierre de semestre. Aunque creo que la mayoría de nosotros solo queríamos sentir una vez más la cercanía de las personas, estar codo a codo en las clases, viéndonos el rostro y usando ese labial favorito.

No sabíamos cuánto más duraría todo aquello a lo que nos fuimos adaptando. De hecho, dudábamos si algún día se terminaría; la nueva normalidad. Y esa tarde, entre la lluvia y el caos de la ciudad, los cubrebocas y la distancia, surgía una nueva generación de alumnos que no cabía más en el mural del edificio C llamado “Identidad, formación y educación”.



*Foto: Mural del Edificio "C" de la UPN-241
2018*